

CRESSIDA

(TROILO Y CRESSIDA)

La festejada hija del sacerdote Calchas es la primera que presento al respetable público. Su tío era Pandaro, activo casamentero; pero su actividad mediadora había resultado, no obstante, casi inútil. Troilo, uno de los numerosos hijos de Priamo, fué su primer amante; ella cumplió todas las formalidades, le juró fidelidad eterna, pero faltó á todas las conveniencias, y tiene un sollozante monólogo acerca de la debilidad del corazón femenino, antes de entregarse á Diomedes. El oyente Thersites, que siempre, de la menos galante manera, da á las cosas sus verdaderos nombres, la llama... cortesana; pero muy luego dulcifica su expresión primera, pensando es posible que, de héroe en héroe y descendiendo la bella cada vez más, al fin pueda caberle en suerte ser su dulce amante.

No sin muchas razones he puesto á la puerta de esta galería el retrato de Cressida. Ciertamente que ni por su virtud ni por ser un carácter femenino vulgar, la he colocado en primer término, delante de tantas magníficas é ideales figuras creadas por Shakespeare. No; abro la serie con el retrato de esta dama equívoca, porque si yo publicara las obras completas de nuestro

poeta, colocaría la titulada *Troilo y Cressida* delante de todas las demás; Steevens hace lo mismo en su lujosa edición de Shakespeare, y no sé por qué; dudo si la misma razón que acabo de indicar será la que ha determinado también á hacerlo al editor inglés.

Troilo y Cressida es el único drama de Shakespeare en que éste ha dejado intervenir á los mismos héroes que los poetas griegos elegían para sus espectáculos dramáticos; así que comparándole con la forma y manera en que los antiguos poetas trataron el mismo asunto, se nos manifiesta claramente el procedimiento de Shakespeare. Mientras los poetas clásicos griegos tendían á la más elevada transformación de la realidad y volaban en pos de la idealidad, nuestro moderno trágico penetra más en la profundidad de las cosas; cava con su cortante azada espiritual en el inmóvil suelo de los acontecimientos, y descubre á nuestra vista sus recónditas raíces. En oposición á los antiguos trágicos, que, como los antiguos escultores, sólo corrían en pos de lo bello y de lo noble, y hacían resplandecer la forma aun á costa del contenido, Shakespeare más bien dirige su mirada á la verdad y al contenido; de aquí su maestría en lo característico, con la cual, no rara vez, sin caer en repugnante caricatura, desnuda los héroes de sus brillantes arneses y nos los hace ver en traje de dormir.

Los críticos que juzgan *Troilo y Cressida* con arreglo á los principios que Aristóteles abstrajo de los mejores dramas griegos, hubieron de encontrarse en las mayores perplejidades, cuando no caer en los errores más cómicos. Como tragedia, esta pieza no les parecía bas-

tante sería ni bastante patética, porque todo en ella pasa del modo más natural, casi como entre nosotros; y los paganos se portaban tan necia si no tan vulgarmente como nosotros; el protagonista es un Juan Lanás y la mujer... una hembra, como los que con frecuencia vemos entre nuestros más próximos conocidos, y tan festejadísimos y linajudos que les parecen bien miserables los más renombrados de la antigüedad heroica, tales como el pélide Aquiles, el valiente hijo de Thetis.

Por otra parte, no puede considerarse la obra como una comedia; pues corre en ella la sangre á torrentes, y bastantes quejas se destacan en el discurso larguísimo de la sabiduría, como, por ejemplo, las consideraciones que hace Ulysses sobre lo necesaria que es la autoridad, las cuales hasta la hora presente han merecido la más alta consideración.

No; una obra en que tales discursos pueden cambiarse, no es una comedia, decían los críticos; pero menos aún podían admitir que un pobre diablo de titiritero, vestido de mallas, que apenas conocía el latín, sin entender nada de griego, se hubiese atrevido á emplear los celebrados héroes clásicos en una comedia.

No; *Troilo y Cressida* no es ni una comedia ni una tragedia, en el acostumbrado sentido de las palabras; esta obra no pertenece á un arte poético determinado, ni mucho menos puede medirse por los patrones usuales; es una creación de Shakespeare. Podemos reconocer su alta excelencia sólo en general; para formar un juicio adecuado sería preciso una nueva estética que aun no se ha escrito.

Como registro este drama bajo el epigrafe de las tragedias, debo mostrar para en adelante la extensión que doy á dicho título. Mi antiguo profesor de Poética del Gimnasio de Düsseldorf hacía notar ya con gran penetración: «Toda pieza en que no se respira el regocijado espíritu de Talía, sino el rudo espíritu de Melpómene, pertenece al dominio de la tragedia». Quizá estaba indeleblemente grabada en mi mente esta definición cuando se me ocurrió la idea de colocar á *Troilo y Cressida* entre las tragedias. Y, en efecto, reina en ella cierta amargura jovialmente expuesta, cierta ironía que á todo afecta, y que no se halla jamás en las obras de la musa cómica. Más bien es la trágica musa la que se deja ver en esta pieza, solo que aquí actúa alegre, y puede permitirse una broma. Y hay, como hemos visto Melpómenes en bailes de *grisetas*, bailando el *chahut*, cuyos pálidos labios rien provocativos, y que llevan la muerte en el corazón.

CASSANDRA

(TROILO Y CRESSIDA)

La hija de Priamo, la vidente de la verdad es la que en esta lámina os presento. Lleva en el corazón la previsión triste de lo futuro; conoce previamente que Troya será destruída, y en este momento, en que se arma Priamo para luchar con el terrible Pélide, ella llora y se lamenta. Ve ya en su espíritu al amado hermano sangrar por sus mortales heridas abiertas. Llora y se lamenta. ¡Es en vano! Nadie da crédito á sus vaticinios, y precisamente, tan sin salvación como todo el cegado pueblo, cae en el abismo de un obscuro destino.

Escasas y no muy importantes son las palabras que Shakespeare dedica á la joven vidente; no es para él más que una vulgar profetizadora de desdichas, que exhalando gritos de dolor corre de un lado á otro por la engañada ciudad:

Su vista gira errante,
Su crencha va flotante,

como muestra la figura.

Con más amor la ha celebrado nuestro gran Schiller en una de sus más bellas poesías. En ella, con entrecortados y plañideros acentos, quájase al pítico dios

de la desdicha que á su sacerdotisa amenaza. Yo mismo tuve que declamar en unos exámenes esta poesía, y me atasqué en las palabras :

¿Cuando horrores amenazan
Ir la sierpe á despertar?
Sólo el error es la vida,
Y la muerte es la verdad.

ELENA

(TROILO Y CRESSIDA)

Esta es la bella Elena, cuya historia no voy á referiros ni á explicaros por entero; pues para hacerlo tendría realmente que comenzar por el huevo de Leda.

Su padre titular se llamaba Tyndaro, pero su verdadero progenitor secreto fué un dios que, bajo la figura de un ave, había disfrutado de su bendita madre, pues cosas como ésta eran frecuentes en la antigüedad. Casada muy pronto, se trasladó á Esparta, pero, dada su extraordinaria belleza, fácil es comprender que allí se vería pronto perseguida, y su esposo el rey Menelao se pondría como un gallo.

Señoras mías, la que entre ustedes se sienta completamente pura, que arroje la primera piedra á su pobre hermana. No quiero decir con esto que no pueda existir una mujer completamente fiel. Lo fué la primera mujer, la famosa Eva, modelo de fidelidad conyugal. Sin el más ligero pensamiento adúltero, paseábase al lado de su esposo el famoso Adam, que entonces era el único hombre que había en el mundo, y vestía un delantal de hojas de higuera. Solamente conversaba gustosa con la serpiente, y esto sólo por la hermosa lengua francesa, que, por este medio, iba apropiándose;

porque sobre todo era inclinada á instruirse. ¡Oh, hijas de Eva, qué ejemplo tan hermoso os dió vuestra primera madre!

La señora Venus, la diosa inmortal de todas las delicias, procuró al príncipe Paris el favor de la bella Elena; él olvidó las santas costumbres de la hospitalidad, y huyó con su hermosa presa en dirección á Troya, la fortaleza segura, lo que todos en semejantes circunstancias hubiéramos hecho. Todos nosotros, y entre ellos comprendo particularmente á nosotros los alemanes, que somos tan eruditos como otros pueblos y que desde jóvenes nos hemos ocupado en el estudio de los cantos de Homero. La bella Elena es nuestra primer amada, y aun en la infancia, cuando nos sentábamos en los bancos de la escuela y el maestro nos explicaba los hermosos versos griegos en que los ancianos de Troya quedaron entusiasmados á la vista de Elena..., latían ya los dulces sentimientos en nuestros jóvenes é inexpertos corazones. Con las mejillas encendidas y balbuciente lengua contestábamos á las preguntas gramaticales del maestro...

Después, cuando somos mayores y completamente instruidos y nos convertimos hasta en directores de brujas, y aun podemos evocar al diablo, entonces pedimos al servicial espíritu que nos proporcione la bella Elena de Esparta. Ya lo he dicho otra vez (1); el Juan Fausto es el verdadero representante de los alemanes,

(1) Con ocasión de la polémica sobre el *Fausto de Goethe ó La escuela romántica*, libro 1.º, tomo VI de la colección de las obras de Heine (en alemán), pág. 94.

del pueblo que cifra su placer en saber y no en vivir. Y aun este famoso doctor, el alemán normal, después de devorado y marchito por la llama del pensamiento, no busca el objeto de sus anhelos en los floridos campos de la realidad, sino en el limo erudito del mundo de los libros; y mientras que un nigromante francés ó italiano hubiera obtenido de Mefistófeles la más hermosa mujer de los tiempos presentes, el alemán Fausto pide una mujer que ha mil años que estaba sepultada, la Elena de Esparta, que sólo correspondía á sus sonrisas como hermosa silueta de un antiguo pergamino griego. ¡Cuán perfectamente caracteriza este deseo la íntima manera de ser del pueblo alemán!

Tan brevemente como á Casandra ha bosquejado Shakespeare en esta obra, *Troilo y Cressida*, á la bella Elena. La vemos aparecer al lado de Paris, cambia algunas alegres y burlonas frases con el viejo casamentero Pandaro. Bromea con él, y, por último, le ruega que con su cascada voz de viejo cante una canción de amor.

Pero las dolorosas sombras del pasado, el presentimiento de un fin desastroso, oprimen á veces su corazón abierto á la alegría; por entre las frases de más subido color de rosa asoman sus negras cabezas las serpientes, y delatan cuál es su estado de ánimo las siguientes palabras:

«Oigamos una canción de amor... ese amor nos llevará á todos al precipicio. ¡Oh Cupido! ¡Cupido! ¡Cupido!»

VIRGILIA

(CORIOLANO)

Es la esposa de Coriolano una tímida paloma que ni aun á arrullar se atreve en presencia de su soberbio esposo. Cuando éste vuelve victorioso del campo de batalla, y todos llenos de júbilo salen á su encuentro, ella cae sin sentido al verle, y el héroe la llama sonriendo «¡Mi querida silenciosa!» En este silencio estriba todo su carácter; calla como la encendida rosa, como la púdica perla, como la melancólica estrella de la tarde, como el extático corazón humano; es todo un costoso y ardiente silencio, que dice más que toda locuacidad, que todo desbordamiento retórico de palabras. Es una pudorosa y dulce mujer, y su amorosa y adicta ternura forma el más marcado contraste con el de su suegra, la romana loba Volumnia, que un día amamantara á sus férreos pechos al lobo Cayo Marcio. Sí, esta última es la verdadera matrona en cuyo patricio seno no bebió el joven vástago más que ánimo salvaje, feroz independencia y desprecio hacia el pueblo.

Como un héroe, mediante las virtudes y los vicios adquiridos desde el regazo materno, conquista la corona de laurel de la gloria, pero pierde la mejor, la corona de encina del ciudadano, y al fin llega á cometer el más

horrible de los crímenes, el de traición á la patria, para morir ignominiosamente; esto es lo que Shakespeare nos muestra en su drama trágico titulado *Coriolano*.

Después de *Troilo y Cressida*, en el que nuestro poeta tomó su primera materia de la antigua edad heroica griega, me paso al *Coriolano*, porque en él vemos cómo supo tratar la época romana. En este drama pinta también la lucha entre patricios y plebeyos en la antigua Roma.

No afirmaré precisamente que dicha pintura esté conforme, en todos sus detalles, con los anales de la historia romana; pero lo esencial de aquella lucha, lo ha concebido y presentado nuestro poeta con la mayor profundidad. Podemos juzgarlo así, con tanta más razón cuanto que nuestra época presente nos ofrece acontecimientos que se asemejan á los de la desoladora escisión que reinara un tiempo entre los privilegiados patricios y los despreciados plebeyos. Pudiera creerse muchas veces que sea Shakespeare un poeta de nuestros días, que viva en el Londres de hoy y que bajo la máscara romana quiera pintarnos los actuales *tories* y *radicales*. Lo que aun pudiera fortalecernos en semejante pensamiento es la gran analogía que existe sobre todo entre los antiguos romanos y los ingleses actuales y entre los hombres de estado de ambos pueblos.

En efecto; cierta dureza carente de poesía, la codicia, el espíritu sanguinario, la incansabilidad, la firmeza de carácter, son tan propias de los actuales ingleses como de los antiguos romanos, sólo que éstos fueron más bien ratones terrestres que ratas de agua; en cuanto á la propiedad de hacerse aborrecibles, en la

que ambos llegaron al pináculo, los dos son iguales. La misma singularísima afinidad obsérvase en la nobleza de ambos pueblos. El noble inglés, como el romano de otros tiempos, es patriota: siente amor por la patria; á pesar de todas las diferencias de derechos políticos, se alia con la mayor intimidad á los plebeyos, y este simpático lazo hace que los ingleses, tanto aristócratas como demócratas, como un tiempo el romano, formen todos un solo pueblo.

No ocurre lo mismo en otros países en que la nobleza está menos ligada al suelo, sino que lo está más á la persona de los príncipes, ó se dedican por completo á mantener los particulares intereses de su clase.

Encontramos, pues, en la inglesa, como un tiempo en la nobleza romana, la tendencia á conseguir autoridad, como lo más alto, lo más glorioso, y también, cuando es indirecta, como lo más insoportable, y digo lo más insoportable cuando es mediata ó indirecta, porque, como un día en Roma, en Inglaterra ahora, el ejercicio de los más elevados cargos del Estado se paga sólo con mal empleado influjo y tradicionales exacciones. Esos cargos son el punto de mira de la educación de la juventud en las altas familias de Inglaterra, lo mismo que antes entre los romanos; y como entre éstos, también entre aquéllos se consideran como los mejores medios de conseguir autoridad, el arte de la guerra y el don de la palabra. Como entre los romanos, también entre los ingleses existe la tradición de que los gobiernos y las administraciones son patrimonio de las familias nobles; y precisamente por eso los *tories* ingleses se verán acaso privados del poder duran-

te todo el tiempo que ellas los disfruten, como las familias senatoriales de la antigua Roma.

Pero nada más parecido al estado actual de Inglaterra que aquella caza de votos que vemos pintada en el *Coriolano*. ¡Con qué melosa ironía y tascando la cólera, mendiga el *tory* romano los votos de los buenos ciudadanos, á quienes tan profundamente desprecia en el fondo de su alma, pero cuyos votos le son indispensables para ser cónsul! Sólo que la mayor parte de los lores ingleses, que han ganado sus heridas, no en batallas, sino en cacerías de raposas, y cuyas madres los han instruído mejor en el arte del disimulo, en las actuales elecciones parlamentarias no dan el espectáculo de su cólera y su miel, como el rudo Coriolano.

Como siempre, también en este drama ha procedido Shakespeare con la mayor imparcialidad. El aristócrata está en su derecho al despreciar á los plebeyos, sus señores electores, pues siente que él fué más valiente en la guerra, lo que constituía la más alta virtud entre los romanos. Los pobres señores electores, el pueblo, no obstante, está también en su derecho, al oponerse demasiado á esta virtud, cuando aquél ha manifestado sin rebozo que siendo cónsul aboliría el reparto de pan. «El pan es el primer derecho del pueblo».

PORCIA

(JULIO CÉSAR)

El fundamento de la popularidad de César fué la magnanimidad con que trataba al pueblo, y su liberalidad. El pueblo presentía en él al que abría la era de los mejores tiempos que había de pasar bajo sus sucesores los Césares, pues éstos conservaron al pueblo su primer derecho: le daban el pan de cada día.

Con gusto perdonamos á los emperadores la sangrienta tiranía con que trataron á un centenar de familias patricias, burlándose de sus privilegios; reconocemos en ellos, y les damos gracias, á los exterminadores de aquella aristocracia que sólo concedía al pueblo miserables recompensas por los más costosos sacrificios; les estimamos como salvadores del mundo, que derribando á los encumbrados y elevando á los humildes, trajeron la igualdad política. Quédese para el abogado de lo pasado, para el patricio Tácito el describir con ponzoñosa poesía los pecados secretos y las locuras de los Césares; por él sabemos lo mejor, que alimentaron al pueblo.

César es quien conduce á su ruina á la aristocracia romana y prepara el triunfo de la democracia. Entretanto, muchos viejos patricios se conservan fieles al

espíritu republicano; no pueden tampoco soportar la soberanía de uno solo; no pueden vivir donde uno solo levanta su cabeza por encima de las suyas, aunque ésta sea la cabeza soberana de un Julio César, y aguzan sus puñales (1) y le dan muerte.

La democracia y la monarquía no son cosas contrarias entre sí, como falsamente en nuestros días se afirma. La mejor democracia será siempre aquella en que uno solo se halle en el pináculo del Estado como encarnación de la voluntad del pueblo, como Dios en el pináculo del gobierno del mundo; bajo éste, que encarna la voluntad del pueblo, como bajo la majestad de Dios, florece la más segura igualdad humana, la más honrada democracia. El aristocratismo y el republicanismismo tampoco son entre sí inconciliables, y esto lo vemos de la manera más clara en el presente drama, en el que se manifiesta, precisamente en los más magnánimos aristócratas, el espíritu republicano en sus rasgos más salientes y caracterizados. En Cassio, aun más que en Bruto, se ofrecen á nuestra consideración estos rasgos.

Ya hemos hecho también observar que el espíritu del republicanismo consiste en cierto mezquino é insaciable deseo de rivalizar, que no quiere sufrir sobre sí nada; en cierta envidia de pigmeos, enemiga de todo lo que se eleva; que no podría ver representada la virtud por un hombre, por temor de que tal representante no fuese á hacer valer su alta personali-

(1) Parece que fué con los aguzados *estilos* con que escribían en sus tablillas enceradas.

dad. Los republicanos son hoy día por esto deístas atacados de la manía de la moderación, que verían con gusto en el hombre sólo tristes figuras de impura arcilla, que salieron modeladas de las manos de un creador y que debían abstenerse de todo magnánimo deseo de distinguirse, de todo ambicioso deseo de brillar. Los republicanos ingleses rindieron tributo un día á un principio análogo, al puritanismo, y lo mismo sucedió á los antiguos republicanos de Roma, llamados estoicos.

Cuando se piensa en esto no puede uno menos de admirar con qué penetración pintó Shakespeare á Cassio, especialmente en su diálogo con Bruto, al oír cómo saluda el pueblo con gritos de júbilo á César, á quien quería hacer rey :

Yo no sé lo que tú y aun otros hombres
De esta vida pensáis; de mí te digo
Que amable no me es, si he de pasarla
Temiendo á otro hombre que es mi igual ¡oh Bruto!
Libre nació cual César, cual tú lo eres;
Bien nutridos estamos, y podemos
Como él ambos sufrir del cierzo el frío.
Cierta día nublado y tormentoso
Que el Tíber sus riberas ensanchaba,
Dijome César : ¿Te atrevieras, Cassio,
Á arrojarte cual yo al revuelto río
Y á nadar hasta allí? — No bien lo oyera,
Vestido como estaba en él me arrojé,
Y espero que él me siga, cual lo hace.
Bramaba la corriente, más luchamos,

Con vigorosos brazos apartámosla
 Y nadamos los dos en competencia;
 Casi al llegar al punto que él marcara,
 Gritó César: ¡Socorro, Cassio! ¡Me hundo!
 Yo, como Eneas, nuestro heroico abuelo,
 De las llamas de Troya sacó á hombros
 Al viejo Anchises, de las ondas saco
 Al ya cansado César. ¡Á ese hombre
 Le miran como á un dios y Cassio es solo
 Triste ser que doblar debe su espalda
 Si César do él está, sin verle mira!
 Cuando en España estuvo, dióle fiebre;
 Del ataque al comienzo, bien he visto
 Su temblor. ¡Sí, ese dios, ese, temblaba!
 Del labio huía la cobarde sangre,
 Su mirada, que todo el mundo teme,
 Perdió su brillo, y le sentí quejarse.
 Sí, la boca que Roma cree profética,
 Cuyas palabras en sus libros copia,
 «¡Ah, Ticiano! — exclamó. — ¡Dame que beba!»
 Cual débil niña. ¡Dioses! No comprendo
 Que un hombre así, de natural tan débil,
 Sea la estrella del altivo mundo,
 Y la palma se lleve (1).

César mismo conoce bien á su hombre, y en un día-

(1) Acto 1.º Escena 2.ª Traducido del original inglés, como lo serán todos los trozos que sigan, evitando, como en los dos tomos de los cuadros de viaje, los tapices dos veces vueltos del revés.

logo con Antonio, se le escapan las siguientes profundas palabras:

Rodearme quiero de hombres corpulentos,
 Cabezas lisas, sueños reposados;
 Flaco es Cassio y hambrienta su mirada;
 Piensa demás, es hombre peligroso.
 ¡Fuera obeso no más!—No le temiera
 Aunque á mi nombre fuera anejo el miedo.
 Nadie conozco á quien más pronto evite
 Que á ese Cassio tan parco. Lee mucho;
 Es gran observador; penetra al fondo
 De los actos humanos; no ama el juego,
 Cual tú, Antonio; la música no escucha,
 Se ríe rara vez, y ¡de qué modo!
 Me parece desprecia aun en su ánimo
 Cuanto pudiera provocar la risa.
 Tales hombres no están nunca tranquilos
 Mientras otro más alto que ellos vean.
 Y por esto son hombres peligrosos.

Cassio es republicano, y, como en tales hombres ocurre con frecuencia, tiene más aptitud moral para cultivar la noble amistad de los hombres que el tierno amor de las mujeres. Bruto, al contrario, se sacrifica por la república, no porque descienda de republicanos, sino porque es un héroe de la virtud, y porque en aquel sacrificio ve un altísimo deber. Es accesible á todos los dulces sentimientos y su alma tierna le enlaza á su mujer Porcia.

Porcia, hija de Catón, completamente romana, es,

no obstante, digna de amor, y en los altísimos vuelos de su heroísmo revela un espíritu completamente femenino y una femineidad espiritualísima. Con amorosos y angustiados ojos espía las sombras que aparecen en la frente de su marido y delatan sus dolorosos pensamientos. Quiere saber lo que sufre, y quiere compartir con él el peso del secreto que oprime su alma... Y cuando al fin le sabe, es aun mujer, y agobiada casi por terribles presentimientos, no puede disimularlos y confiesa ella misma (Acto 2.º, escena 4.ª):

Mi alma es de varón, de hembra mi fuerza.
¡Duro es á una mujer tomar consejo!

CLEOPATRA

(ANTONIO Y CLEOPATRA)

Si, esta es la famosa reina de Egipto, la que condujo á Antonio á su ruina.

Él lo sabía perfectamente, sabía que por esta mujer caminaba á su perdición; quiso romper la cadena de sus encantos...

Pronto de aquí salir debo.

Y huyó..., pero solo, á pesar de todo, para volver bien pronto al alfarero Egipto, al lado de su serpiente del viejo Nilo, como él la llamaba... Pronto volvió á sentirse con ella sumido en el pomposo lodo de Alejandría, y allí refiere Octavio:

En la plaza, de plata en la tribuna,
Él y Cleopatra, sobre sillas de oro,
Reyes se coronaron. A sus plantas
Estaba Cesarión, que dicen hijo
Ser de mi padre, y la bastarda prole
Que hasta hoy en sus placeres ha engendrado,
Desde que entre ellos enloquece. Él dióla
Egipto en propiedad, y á más le ha hecho

De Siria baja, Chipre y aun de Lidia
La reina soberana.

.....
Do los públicos juegos se celebran,
Sus hijos proclamó cual rey de reyes;
Dió la Media mayor, Partia y Armenia
A Alejandro; asignando á Ptolomeo
Siria, Cilicia y la Fenicia: ella
Vistiendo el traje de la diosa Isis
Se mostraba en tal día, y aun da audiencias
Frecuentes en tal guisa ataviada.

La maga egipcia aprisionó no sólo su corazón, sino también su cerebro, y hasta desconcertó su talento militar. En vez de pelear en tierra firme, donde hubiera salido victorioso, libró la batalla en el mar inseguro, donde menos podía utilizar su bravura; y allí, donde la caprichosa mujer que á todo trance se habia empeñado en seguirle, emprendió repentina fuga, juntamente con todas sus naves, precisamente en el momento crítico de decidirse la batalla; y Antonio, «como salvaje ansar en celo», desplegando las alas de la victoria, voló tras ella, empeñando en la partida su honor y su fortuna.

Mas no sólo por la femenil volubilidad de Cleopatra sufrió el héroe infeliz la más ignominiosa caída; más tarde realizó contra él la más negra traición, haciendo que su flota se pasara al enemigo en secreta inteligencia con Octavio. Le arrastró á la bajeza más insoportable para salvar sus propios bienes en el naufragio de su ventura, ó quizá aún por sacar de él

alguna mayor ventaja. Le condujo á la desesperación y á la muerte con astucia y engaño. Y no obstante, él la amó hasta el último momento con todo su corazón; sí, cada traición que ella le hacía encendía más la llama de su amor. Él huye, es verdad, de su perfidia de siempre, conoce todas sus fragilidades, y con brutales injurias se desahoga de todas sus sospechas, diciéndole las verdades más amargas:

¡Quisieralo no más, y perecieras!
¡Ah! ¿Para esto dejé yo en Roma intacto
Mi lecho, renunciando á la esperanza
De legítimos hijos, á la joya
De mi esposa, por verme así engañado,
Por quien gusta de que otro la festeje?

.....
Hipócrita y no más tú siempre fuiste.
Hemos de ser los dos aun más malvados.
Pues—¡oh desdicha!—sabios dioses cierran
Nuestros ojos en propio cieno
Nuestro claro pensar sepultan; hacen
Nuestro error adoremos, y se ríen
Cuando al abismo resbalando vamos.

.....
Cual fría mordedura
La llave te encontré del muerto César;
¿Qué eras más que un despojo de Pompeyo?
Por no pensar en otras y otras horas
De amor, que no sabidas, voz del pueblo
No pudo repetir, y voluptuosa
Aun gozaste...

Pero como la lanza de Aquiles, que también podía curar las heridas que causaba, así la boca del amante pudo curar con sus besos las mortales punzadas con que su acerada frase había lesionado el alma de la amada. Tras cada infamia que la serpiente del viejo Nilo realizaba contra el pueblo romano, y tras cada injuria que éste vomitaba contra ella, se prodigaban mutuamente las más tiernas palabras; hasta en la muerte oprimió él con un último beso aquellos labios en que tantos estampara.

Pero también ella, la serpiente egipcia, ¿de qué modo amaba á su lobo romano! Sus continuas traiciones sólo son circunvoluciones externas de su malvada naturaleza de reptil, procede así más bien mecánicamente que por innata ó habitual maldad; pero en el fondo de su alma tiene su asiento el inmutable amor á Antonio. Ella misma no sabe que este amor es tan fuerte, y cree muchas veces poder vencerle ó, al menos, poder jugar con él; pero se engaña, y este error se le pone de manifiesto en el instante en que pierde para siempre al hombre amado, y se exhala su dolor en estas notables palabras:

¡Soñaba que hubo un tiempo un héroe, Marco Antonio!—¡Si tuviera el mismo sueño,
Otra vez y á tal hombre á ver volviera!

.....

Su rostro

Era del cielo copia. En él estaban
El sol, la luna; ambos á dos girando
Alumbraban la tierra exigua. ¡Oh!

.....

Sus plantas

Océanos describían, y su alzado
Brazo en su mano sujetaba un mundo;
Su voz de las esferas la armonía
Era al llamar sus gentes; si pensaba
Domar el universo, estremeciéndole
Retumbaban los truenos. Sus bondades
Nunca el invierno, eran otoño siempre
Más rico cada vez. Cual los delfines
Eran sus regocijos, que la espalda
Del elemento sacan do se ocultan.
En su traje alternaban los colores
De reyes, y coronas á millarés,
Y reinos y coronas de él caían
Cual monedas de bolsa.

Esta Cleopatra es una mujer. Ama y hace traición al mismo tiempo. Es un error creer que las mujeres cuando nos hacen traición es que han dejado de amarnos. Siguen sólo sus tendencias naturales; y si no quieren vaciar la copa prohibida, quisieran muchas veces probar un poquito, lamer el borde, para gustar al menos el sabor del veneno. Después de Shakespeare, en la presente tragedia, nadie ha pintado mejor este fenómeno como nuestro viejo Abate Prevost en su novela *Manón Lescaut*. La intuición del gran poeta está de acuerdo aquí con la cuerda observación del fresquísimo prosista.

¡Si, Cleopatra es una mujer en la más encantadora y maldita significación de la palabra! Ella me recuerda aquella sentencia de Lessing: «¡Cuando Dios crió á la

mujer tomó la arcilla más fina» La excesiva delicadeza de su materia rara vez se conforma con las exigencias de la vida. Esta criatura es demasiado buena y demasiado mala para este mundo. Sus más amables rasgos vienen á ser aquí causa de las más desagradables rupturas. Desde la aparición de Cleopatra pinta Shakespeare con la más arrebatadora verdad la abigarrada y caprichosa volubilidad que bulle continuamente en la cabeza de la bella reina, y que se desborda más de una vez en sus más delicadas cuestiones y placeres, y quizá por esto debe considerarse como la razón última de todo lo que hace ó deja de hacer. Nada más característico que la quinta escena del primer acto, en que pide á su joven camarista que le dé á beber mandrágora para pasar en el sueño de la embriaguez todo el tiempo que Antonio esté alejado de ella. A poco se le ocurre llamar al diablo de su eunuco Mardían. Éste pregunta servilmente qué desea su señora, «No quiero oírte cantar, le contesta ella, pues en este momento nada me place de cuanto es propio de eunucos; pero dime : ¿sientes tu desgracia?»

MARDIÁN

Sí, mi reina

CLEOPATRA

¿De veras?

MARDIÁN

No de veras,
Pues que nada he de hacer yo más, señora,
De lo que con decoro hacerse puede;

Mas siento pena, y pienso en lo que pudo
Con Venus Marte hacer.

CLEOPATRA

¡Oh, Charmiano!

¿Dónde está ahora? ¿Está de pie? ¿Se sienta?

¿Se pasea ó más bien ahora cabalga?

¡Feliz corcel, el que su peso sufre!

Sé valiente, ¿no sabes á quién llevas?

¡Medio Atlas de la Tierra, cuyo brazo

Del hombre el yelmo es! Conversa ahora

Ó murmura : «¿Do se halla mi serpiente

Del viejo Nilo?» — porque así me llama.

Si he de decir todo mi pensamiento, sin temor á malévolas y difamatorias sonrisas, confesaré lealmente que este desorden de sentimiento y de pensamiento de Cleopatra, consecuencia del desordenado, ocioso é intranquilo curso de su vida, me recuerda cierta clase de mujeres disipadas, cuyos costosos dispendios domésticos están sostenidos por una liberalidad extraconjugal, y que hacen felices y hasta atormentan á sus esposos titulares á fuerza de amor y fidelidad, y no raras veces de solo amor, pero siempre con versatilidad loca. ¿Era, quizá, en el fondo, otra cosa esa Cleopatra que con las rentas de su corona podía sostener su lujo inaudito y recibió de Antonio, su amante romano, como presentes, los más ricos tesoros de todas las provincias; no era, en el sentido recto de la palabra, una reina entretenida?

Es el movable, inquieto y extremoso carácter de Cleopatra, que tan pronto se deprime como se dilata y brilla á modo de meteoro, un espíritu sensual, salvaje y cetrino que más nos aterra que regocija. Plutarco nos da de él una idea que se explica más bien por los hechos que por las palabras, y que, cuando aun iba á la escuela me hizo reir con toda mi alma del mistificado Antonio, que fué de pesca en compañía de su real amada, y no sacó en su anzuelo más que peces salados; pues la maliciosa egipcia había hecho colocar secretamente una multitud de buzos que debajo del agua fueran sucesivamente enganchando un pez salado en el anzuelo del amado romano. Cierto es que nuestro maestro puso una cara muy seria al leer la anécdota, y censuró no poco la frívola presunción con que tomaba á juego la reina la vida de sus pobres súbditos, los buzos, sólo por llevar á cabo semejante broma. Nuestro maestro no era seguramente amigo de Cleopatra y nos hizo reparar insistentemente en que por causa de esta mujer perdió Antonio toda su *carrera política*, se enredó en desagradables cuestiones de familia y, al fin, murió desdichadamente.

Sí, mi viejo maestro tenía razón, y es á todas luces peligroso contraer íntimas relaciones con una persona como Cleopatra. Un héroe, no obstante, puede arrojarse al precipicio, pero solamente un héroe; á las amables medianías no les amenaza aquí, como en ninguna parte, peligro alguno.

El carácter de Cleopatra, así como su localización, son á todas luces una humorada. Esta mujer burlona, sedienta de placer, caprichosa y febril coqueta, esta

antigua parisién, esta diosa de la vida, luce todas sus gracias y hasta es reina en Egipto, ¡en la muda y rígida tierra de los muertos! Bien conocéis ese Egipto, ese misterioso Misraim, ese estrecho valle del Nilo que parece un ferétro. Entre las altas cañas llora el cocodrilo, ¡el hijo abandonado de la revelación! Templos de roca con pilares colosales, ante los que se inclinan animales de extraña catadura, abigarradamente pintados. Ante las puertas parece llamaros con leve movimiento de cabeza el sacerdote de Isis, cubierto con su jeroglífico bonete. En las lujuriantes *villas* duermen su siesta las momias, y las doradas larvas les protegen del volador enjambre de la nada. Álzanse cual mudos pensamientos los esbeltos obeliscos y las voluminosas pirámides. Allá en el fondo saludan las etiópicas montañas de la Luna que esconden las fuentes del Nilo. ¡Por doquiera la muerte, la piedra y el misterio! ¡Y sobre este país alzábase como reina la bella Cleopatra!

¡Qué humorista es Dios!